



MUNICIPALIDAD DE

LIMA

El número fantasma

Pedro Casusol



PEDRO CASUSOL

EL NÚMERO FANTASMA



MUNICIPALIDAD DE

LIMA

El número fantasma

Pedro Casusol

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Subgerente de Educación

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Margarita Delfina Zegarra Flórez
Jefe del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzales
Corrección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y Vladimir Fiori Zumaeta
Diagramación y concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegria

Editado por:
Municipalidad Metropolitana de Lima
Jirón de la Unión 300, Lima. Lima.
www.munlima.gob.pe

1a. edición - marzo 2022

Depósito legal N°

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Para Andrea Risco

EL NÚMERO FANTASMA

Anahí me pasó la nota, eran cinco dígitos en tinta azul. No me interesó al principio, estaba ocupada en clase de Matemáticas. Hasta que caí en la cuenta de que era la letra de Regina. De pronto un murmullo recorría todo el salón. Con un gesto rápido, Anahí me indicó que continuara pasando la nota de carpeta en carpeta, así que apunté el número y el papelito continuó su recorrido.

Regina era la chica más bonita, la más popular, la que nunca se juntaría con ninguna de nosotras. En general, todas queríamos ser como Regina. Y de vez en cuando ella creaba juegos retorcidos, ritos de iniciación, con el único propósito de poder ingresar a su círculo más íntimo.

Esta vez Regina nos había dado un número fantasma.

Un número fantasma era un cruce de líneas, un número que había quedado en desuso y que pasaba entonces a un purgatorio, al no ser retirado del sistema. En aquella época los chicos llamaban a un número fantasma

para conocer chicas, en una caótica conversación entre personas que llaman a la vez y se conectaban a aquella señal cubierta por un manto de estática.

—¿Dónde vives? —me preguntó una voz aflautada la primera vez que llamé al número fantasma.

Nunca le iba a decir la verdad a un desconocido, así que inventé que vivía en La Molina. El chico de la voz aflautada pidió mi número:

—¡Así podremos hablar más tranquilos! —gritó.

La tarde transcurrió lenta y pesada, mientras conversaba con un chico llamado Miki. No había de qué hablar con Miki, que tenía catorce años y el corazón roto por una chica que lo hacía sufrir. La había conocido hacía poco en ese mismo número fantasma, pero ella nunca quiso pactar una cita con él. Antes de que llegaran mis papás, le dije que tenía que colgar. Debía hacer mi tarea, no había cenado. Pero la voz aflautada quería que me quedara. Me pareció ridículo.

La mañana siguiente me encontré sentada con Regina bajo el sol de primavera, cerca de los juegos de

primaria. Las monjas nos miraban con desconfianza. El sube y baja, los columpios, la mesa de *ping-pong*. Regina presidía la reunión con su falda de franela por encima de sus rodillas blancas.

Todas hablaban del número fantasma. Yo no dije una palabra, en parte porque no decía nada nunca. Excepto a Anahí, pero ella no había podido llamar. Su madre guardaba el teléfono en una caja con llave.

Esa tarde ella vino y volví a marcar los cinco dígitos en el teléfono de la sala de mi casa. Le pasé el auricular y Anahí hizo lo posible por hablar con alguien, pero al rato me lo devolvió con pena.

—Pensé que una podía hablar a la vez con cada persona —me dijo—, pero con todo el mundo, así... es imposible. ¿Tú cómo hiciste para conversar con ese chico?

—Le di mi número —contesté.

—¡Estás loca!

Se me ocurrió buscar a la voz aflautada entre la multitud y la estática. Escuché a Miki, que discutía amargamente

con alguien. Le dije a Anahí que escuchara. De pronto la reconocimos. Era Regina, ¿o eso parecía? Cuando la discusión terminó, llamé a Miki en susurros, pero él ya se había ido. No lo encontré hasta que se hizo de noche. Encerrada en mi cuarto, enfundada en mi frazada, con los ojos fijos en la oscuridad, Miki y yo conversamos por horas, hasta que el cielo desde mi ventana se tiñó de un rojo púrpura y empezaron a trinar las aves del amanecer.

Estaba enamorada de la voz aflautada a la mañana siguiente. «Soy una nube», escribí en los márgenes de mi cuaderno de Historia. Fue imposible no mirar a Regina de otro modo, pensar mucho en ella. La contemplé toda la hora. Hasta ese momento la había visto de cierta manera, pero ahora conocía una parte de su vida que me hacía sentir extraña. Pensaba también en la voz aflautada, en todas las cosas que me había dicho sobre Regina.

A la salida, me dirigió por primera vez la palabra.

Me preguntó si iba a La Molina.

-No, ¿por qué?

Vi que otras chicas también habían empezado a seguirme. No fue hasta que llegamos al parque que Regina jaló mi cabello y me tiró sobre la grama. Estaba sentada sobre mi pecho, apenas podía escuchar lo que decía —que dejara en paz a su novio, que su novio era solo suyo— mientras arañaba mi cara y me escupía. Sus amigas la animaron hasta que todas se fueron y me dejaron llorando en el parque, escondida detrás de un árbol. A pesar de todo, aquello había sido como un sueño. Regina se había fijado en mí.

JAIR EN EL DESIERTO

Era una mañana soleada de enero. Había llegado confundida en medio del ajetreo de los lunes. ¿Quién es este tipo?, me pregunté cuando crucé el umbral de su puerta. Se me había olvidado consultar a Ricky a quién iba a tomarle las fotos. Me limité a encuadrar el trípode y mirar con desconfianza a Jair, el cabello mojado y una pesada casaca pese al calor del verano.

Intenté llamar a Ricky. Su celular estaba apagado. Pregunté entonces a Jair de qué iba el asunto. Eran las nueve de la mañana y yo estaba pálida, ni siquiera había tomado mi primer café del día. Jair lanzó una carcajada y acto seguido se dedicó a mirar la calle desde la ventana de su departamento.

Jair era un famoso corredor de autos, eso lo supe después. Venía de una serie de exitosas carreras en lugares lejanos. Ahora, sentado en el sillón en su sala, se veía impersonal, como una pared sin pintar. No muy lejos estaba su novia, tomando desayuno y mirando la escena con desinterés. Yo solo quería tomarle las fotos y

largarme rápido de ahí. Regresar a la revista, donde tenía trabajo pendiente.

En medio de la sesión, ella se acercó a mirar. La bata de seda ligeramente abierta, sus piernas largas y estilizadas. Solo quiero ver, dijo, y yo me quedé muda, inmóvil. Están lindas las fotos, añadió, pero ni quisiera haber mirado el visor de mi cámara. Y se sentó muy cerca de Jair.

Se llamaba Lea. Me lo dijo Ricky y luego lo comprobé buscando su nombre en Internet, mirando sus fotos. Era más joven que yo, aunque aparentaba mi edad. Pasarelas, editoriales de moda, un video musical. En resumidas cuentas, un éxito.

—Voy a tomar algo —dijo Jair y se alejó.

Entonces Lea ya estaba desnuda. Así que el plan esa mañana, supongo, era desnudar también a la fotógrafa. Se los hice fácil, en realidad. Miré la ventana mientras lo hacía. Me quité el jean, dejando al descubierto mi trusa roja y mis tatuajes. Mi polo, mis lentes, mi sostén deportivo nuevo. La calle limpia, los autos blancos. Pensé en las comisiones que me faltaban por hacer aquella mañana, y el resto del tiempo me dediqué a olvidarlas.

Cuando regresó Jair, llevaba una botella de vino helado que tomó del pico y nos ofreció a las dos. Recuerdo que les hice muchas preguntas. Jair me miró. Llevaba ahora lentes de sol puestos y apenas gesticulaba.

—¿Por qué hacen esto? —recuerdo haberles preguntado.

—Porque eres poco común —dijo, y eso fue suficiente.

Después de coger, le volví a preguntar cosas. ¿Por qué corres? Porque no puedo dejar de hacerlo, me respondió. Estábamos desnudos y Lea jugueteaba con uno de mis tatuajes, la silueta de una estrella en mi muslo derecho. Pocos meses después, Jair iba a participar en un *rally* en Egipto. Iba a ser su última competencia. Luego de eso, se retiraría para siempre de las carreras.

—Cuando estoy manejando —continuó—, todo se detiene. Puedo ver las nubes y el sol con mayor nitidez. Puedo contemplar al mundo moverse. Todo se ve insignificante. Nada tiene importancia. Y al mismo tiempo, todo es importante. Un pequeño error y puedo terminar aplastado, hecho pedazos entre los fierros de mi carro.

Cogí con ellos como nunca lo había hecho en mi vida. Cuando terminamos, eran las tres de la tarde. Nos dimos una ducha compartida. Recuerdo que fue el día más caluroso del verano. Treintaitrés grados centígrados en la sombra. Mi celular, apagado, registró veinticuatro llamadas perdidas cuando lo encendí.

El resto de la tarde, en la revista, me sentí extraña, como si fuera otra persona. Pensaba en Jair y en Lea. Tenía ganas de ir a buscarlos. Tenía ganas de preguntarles si realmente pensaban que yo era especial. Después concluí que lo mismo decían a todas.

¡Qué idiotez! ¡Qué estúpida soy!, me repetía.

Fue un verano terrible. La nota escrita por Ricky era pésima. No alcanzaba a profundizar en el personaje que yo había conocido. Me molesté con él y dejamos de hablar. Renuncié a la revista y me dediqué a hacer comisiones por mi cuenta, tipo *freelance*. Una foto por un beso, decía en silencio. Pero cada vez que llegaba a casa de alguien a quien tenía que retratar, imaginaba que volvía a suceder todo de nuevo, exactamente lo mismo, y aquello me atormentaba. Muchas veces me iba sin siquiera haber tocado a la puerta.

Me sentía vieja para estar enamorada, y encima de dos personas al mismo tiempo. El otoño me encontró perdida, intentando ligar con parejas en los bares. Me acercaba a aquellas que parecían más o menos felices, que reían o celebraban. Todo resultaba inútil.

Solo una vez conseguí ligar con una chica, pero el sexo con ella fue tonto, aburrido. Me hacía falta una barba y un pene. Salí de su departamento más deprimida de lo que estaba cuando llegué. A la mañana siguiente supe la noticia. Jair había muerto en el *rally* de Egipto.

Lo imaginé corriendo por aquel desierto perfecto, contemplando las luces rojas del atardecer, absolutamente absorto en eso, surfeando por la tierra con su automóvil, corriendo las olas en la inmensidad del territorio, consciente en que todo está bien hasta que algo (¿una mosca?, ¿un recuerdo?, ¿yo?) lo distrae y lo hace despistarse.

En el noticiero lamentaban la partida prematura de Jair. Iba a ser su última carrera, decían abatidos. Mientras yo afrontaba, en la soledad de mi cocina, la certeza de saber la verdad. Salí de casa decidida a encontrar a Lea.

Ella estaba ahora sola en este mundo sin Jair.

No la pude encontrar hasta tres años después, cuando la vi en un salón de baile. Había ido a cubrir unas clases de danza moderna y ahí estaba ella de nuevo, practicando movimientos en puntas de pie, estirando sus muslos en el frío piso de aquella vieja casona. No me reconoció al principio. Me había dejado crecer el cabello y ahora lo tenía verde. Cuando lo hizo, se puso de pie de un salto y me abrazó. Fue un reencuentro extraño. Lea estaba perdida, lo supe de inmediato.

Entonces regresó a mí una vieja imagen. Estábamos en su habitación esa calurosa mañana, mientras Jair me besaba. Y repetía en mi oído frases que ahora he olvidado. Excepto una: "No me queda mucho tiempo". Pensé que solo se refería a ese lugar, a ese momento en particular de su vida, a mí en última instancia. Nadie se queda en un mismo lugar mucho tiempo. Eso lo he sabido siempre.

Aquella noche, Lea me confesó que pensaba que Jair se había suicidado. Años de depresión, pastillas, insomnio, terapia y recuerdos de abuso. Jair se había ido y había dejado abandonada a Lea, con sus ojitos perdidos y la culpa que no arrecia. Antes de despedirnos, nos dimos

un último beso. Mi comisión había terminado. Me tenía que ir.

VISIONES DE JOHANA

Encuadré la toma y enfoqué la iglesia por el visor de la cámara. Desde ahí el paisaje lucía magnífico. El cielo era un mar en donde gobernaba el sol, únicamente interrumpido por las montañas verdes y la arquitectura del templo. No me detuve a pensar en por qué ese paisaje y no otro de los muchos que había visto camino al pueblo.

Solo vi la imagen en mi cámara cuando desempaqué mis cosas en el cuarto del hotel. Ahí estaban las paredes de piedra, el cielo azul, el campanario, la cordillera. Un breve zoom me permitió concentrarme en los detalles, la yerba entre los zócalos, el musgo creciendo cerca al jardín y las manchas de óxido invadiendo el enchapado de cobre. De pronto, una figura se dibujó entre las piedras, proyectada por la luz matinal de los Andes. Era el perfil de una mujer en un poncho opaco, parecido al color de la iglesia.

Salí del hotel y desanduve mis pasos. La gente del pueblo no estaba acostumbrada al turismo en esa época; así que, mientras caminaba por la calle era objeto de

atención de todo el mundo. Atiné a ver mi reflejo en la ventana de una vieja zapatería. Mi cabello negro y lacio, mi metro setenta de estatura, el pantalón morado y la casaca de cuero. El mismo atuendo que había llevado hacía poco por las calles de Madrid. Mi propio rostro, tosco y femenino, que había cautivado a Nikita tiempo atrás. Ella solía buscarme en plena marcha por las calles de Malasaña con la euforia de las pastillas y las cervezas, siempre escapando de alguien.

—¡Johana! —me llamaba desde la puerta del bar—. Te he estado buscando toda la noche —me decía, cínica, para luego caer en mis brazos.

—Ya habrás acabado con todos tus amantes —le recriminaba.

¿Qué estará haciendo ahora Nikita? ¿A quién se estará cogiendo?

Encontré a la señora apoyada junto a la iglesia, en la misma posición en la que había estado horas atrás cuando tomé la fotografía. Le pregunté si se encontraba bien, pero ella solo atinó a dirigirme una mirada que contenía siglos

de memoria. Dijo algo que no pude entender y extendió su mano hacía la mía, como pidiendo una moneda.

Saqué un sol y se lo di, para luego ofrecerle algo de comer.

—¿Quieres comer? —le pregunté—. ¿Tienes hambre? —me toqué el vientre y solo entonces ella aceptó, primero con desconfianza, luego con la seguridad de quien no tiene nada que perder.

En el restaurante del hotel pedimos carne de alpaca y vino. La señora comió de manera pausada, usando la cuchara sopera para servirse garbanzos y arroz. El vino no lo tocó, pero pidió en su lugar una botella de agua. Me observaba incrédula y yo no dejaba de mirar esas largas trenzas negras que le llegaban a la cintura.

Más tarde, en la plaza, la mujer se puso a hablar. Yo no la podía entender, pero capté de inmediato el mensaje de que algo muy malo, terrible, había ocurrido sin que a nadie le hubiera importado. Su voz era como un lamento inconcebible, diáfano, que nada tenía que ver con Lima, con Madrid o con Nikita, o con el resto de mi vida que venía en un barco desde el océano Atlántico.

La tarde empezó a caer sobre el pueblo como una avalancha morada. Lejos, en la montaña, ya se había hecho de noche, las casas parecían dormir en un plácido limbo. Más lejos, una tenue luz parecía tintinear en la penumbra. En el pueblo, el sonido de un mototaxi partió en dos la quietud del atardecer.

Prendí un cigarrillo. La mujer ahora se quejaba y señalaba un lugar indeterminado entre los comercios del pueblo. Lloraba y sus lágrimas lo mojaban todo: sus trenzas, el poncho, mi cara, la vieja casaca de cuero.

Pensé en mi madre, en la forma en que todo había acabado, en que hacía años que no pensaba en ella. Me pregunté por las mujeres de mi vida y elaboré mentalmente una lista de todas. Estaba sola, con Nikita y mi madre a miles de kilómetros, compartiendo el dolor de una mujer a la que no conocía, en un pueblo perdido en la sierra del Perú.

—¿Pero qué coño haces ahí, Johana? —me escribiría Nikita más tarde.

Cerré los ojos y lloré, lloré mucho. Nunca el dolor había sido tan reconfortante. Sentada en la banca de

aquella plaza de pueblo, en la oscuridad de la noche y lejos de todo lo que alguna vez consideré mío, sentí que podía amistarme con las mujeres del mundo, que nuestras imperfecciones pronto serían retribuidas con grandeza, que el amor era algo posible, que el mundo seguiría siendo un gran misterio para nosotras, pero que por fin eso ya no tenía ninguna importancia. Las dos llorábamos cuando me di cuenta de que después del dolor, y en su lugar, llegaba una plácida calma, y que el cigarrillo en mi mano se había apagado.

LA ABDUCCIÓN DE BUSTER

Aquella noche Buster estaba más intranquilo de lo habitual, dando vueltas por la sala como un animal enjaulado, mientras escuchaba a todo volumen una telenovela turca. Desde hacía meses la rutina era la misma: en las mañanas atendía a clases remotas desde su celular, por las tardes se ejercitaba en el patio y en la noche se tiraba en el sillón de la sala a ver Netflix, ajeno a todo lo que pasaba en el Perú y en el mundo. Ahora en cambio había recibido una noticia desoladora: la chica que le gustaba tenía covid.

—¿Qué hago? ¡Tengo que ir a buscarla! —decía.

—No hables pavadas —le decía yo—. Y déjame escuchar mi novela.

Estaba insoportable aquella noche Buster, y yo no le quitaba el ojo intuyendo que haría una locura. Hacía dos meses que no salía de casa. Mi papá se había ido de emergencia a hacerse cargo de un hospital en la selva y mi mamá hacía doble turno, y como ambos trabajaban

en primera línea, en medio de la crisis sanitaria más espantosa de la historia contemporánea, ya no los veíamos. Nos habíamos quedado completamente solos, en los ochenta y pico metros cuadrados de la casa donde nacimos.

La convivencia era horrible. Buster era un inútil y yo había tenido que tomar las riendas de administración del hogar. Una vez a la semana me ponía una mascarilla y guantes de látex, me aventuraba a la calle a hacer el mercado. De regreso tiraba la ropa en una cesta y me tomaba una ducha. A esas horas, Buster seguía en la cama, simulando prestar atención a las clases desde su *smartphone*. El resto del día hacía sus ejercicios, mientras yo limpiaba y cocinaba, lavaba la ropa mientras lo escuchaba jugar con sus videojuegos, hablar con sus amigos con voz impostada, imitando la voz de un hombre que tiene una vida, que toma decisiones. En el fondo, estaba preocupada. El próximo año mi hermanito tendría que ir a la universidad. ¿Pero qué clase de vida universitaria sería esa?

Esta tarde fue diferente. Lo escuché primero en una videollamada, de esas que tenía después de almorzar,

durante sus clases de Trigonometría. Normalmente yo nunca me metía ni lo escuchaba, pero esta tarde, mientras lavaba los platos, escuché su nombre: Cinthia. Todos conocíamos a esa niña, vivía a unas pocas cuadras, la habíamos visto crecer y madurar, convertirse en una joven con un futuro promisorio. Excelentes notas, siempre en el cuadro de honor del colegio. Figura espigada, cabello sedoso y brillante. Todo lo contrario a Buster, que a pesar de sus ejercicios en el patio había cosechado una panza fofa, producto de los Doritos que tragaba jugando PlayStation. Mi hermano, además, había tomado la mala costumbre de no bañarse y de dejarse una asquerosa barba que crecía como una pelusa verde en su cara, dando la impresión de estar sucia siempre.

La cosa es que Cinthia tenía covid. Su hermana fue a una de esas fiestas ilegales y toda su familia se había contagiado. Yo presencié la conversación en silencio, como se presencia un accidente de tránsito, con asombro y morbo a la vez. Poco a poco contemplé a mi hermanito desarmarse. Todos sabíamos que Cinthia le gustaba. Todos sabíamos que nada bueno saldría de ese sentimiento. Esa niña era demasiado para él. Buster era demasiado básico. Cinthia tenía espacio para maniobrar

y conseguir un buen partido, irse a estudiar al extranjero. Pero quién sabe, solía decir mi mamá, a veces esas niñas toman malas decisiones.

Al inicio no le dije nada y continué con mi rutina normal: limpiando el patio, regando las plantas, cuidando a mi iguana. Hasta que a eso de las seis me percaté de que no había hecho sus habituales ejercicios. En cambio estaba encerrado en su cuarto, sentado en su cama sin tender, mirando la calle desde su ventana. Los postes de luz acababan de encenderse, iluminando la calle desierta a causa del toque de queda.

—Vas a ver que se pondrá bien —le dije.

—Tú no te metas, estúpida —fue su respuesta.

No le volví a hablar hasta entrada la noche, cuando empezó con el ataque de ansiedad. Mi día había acabado, estaba por fin echada en el sillón intrigada por el destino de Fatmagül, cuando este niño empezó a dar vueltas y vueltas por la sala como poseído por el espíritu de Mustafá. Le pedí que se callara una vez que empezó a decir incoherencias sobre ir a buscarla. Hasta tuve que ponerle *mute* a la televisión para hablar con él.

—No te vas a ir a ningún sitio —le dije—. No me hagas llamar a tu vieja.

—¡Cállate! ¡Tú no me vas a obligar!

—Chibolo del demonio. Insolente.

—¿No tienes nada que lavar?

Me puse de pie y le pegué un lapo. Recién entonces me sorprendí de lo mucho que había crecido Bustercito. Casi tuve que ponerme de puntillas para asestar el golpe en su cabeza. Después de eso, como que se contrajo. Se quedó quieto, arrodillado sobre la alfombra, al pie del sillón. Casi me dio pena. Se le veía niño otra vez.

—No quiero que se muera —me dijo.

De pronto pensé que se iba a poner a llorar.

—Todos nos vamos a morir —le respondí, seca—. Es la ley de la vida, Buster. Tienes que madurar. Acostúmbrate, que la vida es sufrimiento.

—¡Cállate!

Y, efectivamente, se puso a llorar.

—Me tienes podrida, eres un inútil. Solo sabes estar en el teléfono y jugar con tu estúpido PlayStation. A tu edad yo ya tenía amigos y paraba con ellos todo el día, tenía vida social, hasta iba a fiestas. Me das pena, Buster.

—¡A ti no te tocó una pandemia!

—Con pandemia o no, tú la habrías pasado igual.

—¡Cállate, estúpida! —gritó. Tenía la cara llena de mocos.

—Cállate tú, que estoy viendo a Fatmagül.

Justo esta noche dieron el capítulo en que Kerim y sus amigos violan a Fatmagül a la orilla del mar. He visto esa escena miles de veces, desde que dieron la telenovela en televisión. Luego la he visto en YouTube, ahora la veo todas las noches en un canal de cable en el que solo pasan telenovelas turcas. De cierta forma, la trágica historia de Fatmagül me reconforta. Me hace pensar que mi vida no es tan mala.

Luego creo que me puse a lavar o a tender la ropa. No recuerdo haber hablado más con Buster. Tal vez lo mandé a dormir o se fue a su cuarto a escuchar música con sus audífonos, como hacía todas las noches desde que empezó la cuarentena. No sé si reflexioné sobre las cosas que le había dicho. Los recuerdos de esas horas son medio borrosos. Sé que salí a la azotea y me puse a fumar mirando el horizonte. Fue una noche cálida, con el cielo más o menos despejado, incluso se podían ver algunas estrellas y a lo lejos los cerros con sus postes y sus antenas. Recuerdo haber visto luces destellar, pero hasta ese momento solo me parecieron aviones manteniendo el tráfico aéreo a pesar de la pandemia.

De pronto recordé que no había sacado la basura, así que bajé pesadamente las escaleras y me vestí con los implementos para salir de casa: la mascarilla, los guantes de látex, un casco con una mica protectora. Tomé la bolsa llena de desperdicios y cerré la puerta tras de mí. La noche estaba quieta. No corría viento ni se escuchaba sonido alguno.

Como ya le dije, era pasada la medianoche, entre las doce y la una de la mañana. Había depositado la bolsa

negra en su sitio cuando vi a Buster. Usted comprenderá mi impresión. Es la primera vez que sale en seis meses. Tiene los ojos rojos, no lleva puesta mascarilla. Apenas lo veo, lo señalo. Tengo todavía el guante de látex puesto. Trato de decir algo, pero no me salen las palabras. Todo ha sido muy confuso y tengo esta especie de neblina en la memoria. Buster está como paralizado. Pero en ese momento me doy cuenta de que no me está mirando a mí. Mira más allá de los cerros. El horizonte. Y de pronto siento una luz cálida, amarilla, como si se hiciera día a mitad de la noche. Un día muy corto, un *flash*, como si nos tomaran una foto. Apenas consigo recordar la forma de aquella cosa. Una nave sin sonido que lo iluminó todo por un instante. Luego ya no estaba Buster. Solo pude quedarme con su imagen pegada a mi retina.

Y eso es todo lo que puedo decirle, oficial.

Índice

Presentación	04
El número fantasma	07
Jair en el desierto	13
Visiones de Johana	21
La abducción de Buster	27



Pedro Casusol*

Nació en 1986, en Lima, Perú. Es escritor y periodista peruano. Ha publicado la novela *Barranco City Mon Amour* (2021) y es autor del ensayo del libro *Soy la muchacha mala de la historia* (2019). Asimismo, ha colaborado con diversos medios, tales como *Somos*, *Caretas*, *Cosas*, *El Comercio*, entre otros. Desde el año 2020 escribe una columna semanal en *Hildebrandt en sus trece*. Paralelamente, se dedica a la docencia y ha cursado una Maestría en Escritura Creativa en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

*Foto: Alfonso Vargas Saitua

“

Me sentía vieja para estar enamorada, y encima de dos personas al mismo tiempo. El otoño me encontró perdida...

| Colección
| Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA